

El duende mágico

Cuéntase que un día, mientras Pedro caminaba por la plaza, encontró una cajita de color plateado que tenía muchos dibujitos raros, dibujos que Pedro nunca habría imaginado.

Calladito e intrigado en un banco se sentó, y despacito y con cuidado la tapita le abrió.

¡Cuál no fue su sorpresa cuando de la cajita un duende se asomó! Inmediatamente al piso saltó, y con un pase mágico de tamaño aumentó.

–¡Hola mi buen amigo! ¡Qué salvación! De estar encerrado ya me había cansado. ¿Qué mundo tan extraño es este que no lo conozco yo?

-Este es mi mundo, ¿y vos de dónde sos?

-Vengo del mundo mágico y busco diversión, de tanto estar encerrado, ahora quiero mucha acción...



E inmediatamente después, con pasitos cortitos, y algún saltito, de la plaza huyó.

Pedro quedó sorprendido, pero enseguida reaccionó, y tras el duende en fuga, corriendo salió.

¡Cuando vio lo que hacía ese duende burlón...! ¡Ponía todos los carteles patas para arriba, los conductores no entendían nada y el lío entre los autos no terminaba nunca! A los semáforos de la esquina, a todos le cambió el color: violeta, azul y naranja; gris, celeste y marrón. La gente nada entendía, todos gritaban, corrían, los autos tocaban bocina. Pedro, desesperado, y el duendecito seguía contento, saltando de aquí para allá. La ciudad era un caos, los autos no sabían qué hacer: continuar, parar, algunos miraban los carteles con curiosidad, otros escapaban gritando sin parar, nadie entendía nada.



En eso y en medio del samborombóm, un personaje apareció. Su nombre es Merlín, con capucha y bastón, y seriamente a Pedro se dirigió:

–¿Qué es lo que está pasando? ¿Cómo es que se escapó? –dijo Merlín.

-Yo encontré una cajita y le abrí la tapita, salió y ya no paró. –contestó Pedro.

-A ese duende travieso, ya le voy a enseñar que este es un mundo distinto, y que él no lo puede cambiar –acotó Merlín.

A lo que Pedro contestó: -Él no tiene mala intención, sólo lo hace por diversión.

Entonces Merlín se adelantó, tan poderoso, que el pobre duendecito muy quietito se quedó. El mago levantó de pronto su vara, y las palabras mágicas pronunció.

Mágicamente todo volvió a la normalidad, los colores el semáforo volvió a recuperar: rojo, amarillo y verde, como tienen que estar. Los carteles de seguridad a su anterior forma por suerte volvieron a estar, y los del duende desaparecieron sin llorar.



–Mejor es que aprendas cómo funciona este mundo. Pedro te puede mostrar todo este lugar, para que sepas que las cosas no están por estar, que todo tiene importancia y es por nuestra seguridad.

Merlín se fue caminando y el duende con Pedro quedó, mirándolo con ojos grandes, aprender le pidió. Entonces Pedro, contento, se dispuso a enseñar, y juntitos se fueron a recorrer la ciudad.

Pedro: -¿Ves esas luces de colores?



Duende: -¡Son para jugar!

Pedro: -¡No! Son para avisarte cuándo podés cruzar. Si cruzás en cualquier momento un accidente podés causar. Mejor es esperar un poquito nada más. Cuando el semáforo está verde tranquilo podés pasar, pero cuando se pone rojo ¡sí o sí hay que esperar!

Duende: -¿Y cuándo está en amarillo?

Pedro: -Es cuando hay que prestar atención y mirar, porque nos avisa que muy alerta debemos estar.

Duende: -¿Y si cambiamos el color?

Pedro: -¡No! ¿No viste lo que pasó? La gente conoce el mensaje, porque conoce cada color.

Duende: -Y frente a ese cartel, que dice “Pare”, ¿tengo que parar y no caminar nunca más?



Pedro: -No, los conductores tienen que parar, mirar hacia ambos lados, y si nadie viene, pueden continuar.

Duende: -Y... a este señor tan serio yo lo cambié por un poco más de color, una imagen mía sonriendo con una flor.

Pedro: -Sí, pero eso no puede ser, porque ese cartel debe a las personas informar sobre ese determinado lugar.

Duende: -¿Y qué es ese lugar?

Pedro: -Es donde podemos encontrar a los señores encargados de velar por nuestra seguridad.

Y siguieron caminando, Pedro hablando y el duende escuchando.

Andando y andando llegaron a la plaza, y allí se sentaron, en un banquito cercano.



-¿Te gustó lo que aprendiste? –preguntó Pedro al duende.

-Claro que me gustó, ahora entiendo cómo viven los humanos. ¡Con tantos autos y tanta gente se tienen que organizar, y para ello reglas tienen que inventar! –dijo el duende.

-¡Así es!, ¡tal cual!, ¡qué bueno que lo aprendiste, para no hacer nada mal! –contestó Pedro.

-Sí... aunque me gustaría a mi mundo regresar. Esto es lindo, pero prefiero bajo mis árboles pasear. –comentó el duende.

Pedro quedó pensativo, ¿cómo podría ayudar?... Pero en ese momento, justo en ese momento, volvió a aparecer Merlín, y sonriendo se acercó y al duende le preguntó:

–¿Cómo estás mi duendecito? Del castigo de la caja saliste solito, la oportunidad la tuviste y bien lo cumpliste. Tanto has aprendido que el castigo quedó cumplido. Ahora... ¿te gustaría estar en estos momentos en tu hogar? Si querés para allá te puedo llevar.



Ni lerdo, ni perezoso, el duende se levantó, sonriendo le dio las gracias... y de Pedro se despidió. Entonces, Pedro vio asombrado al mago allí parado, abriendo una puerta mágica y secreta hacia el mundo encantado, por la que salieron ambos con una sonrisa en los labios saludando.

Y esta historia de tránsito y magia ya se está terminando. ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado!